

LOS INTELLECTUALES Y LOS PROBLEMAS DE LA CULTURA DEL DESARROLLO*

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER K.**

ABSTRACT

The role of Chilean intellectuals in the creation of a national culture of development during the last three decades is discussed in this paper. We argue that this role has strongly influenced the shaping of a highly ideologized and adversary culture of development. Only in recent years, as an outcome of the authoritarian experience and the starting of a process of transition to democracy, a more flexible, pragmatic and complex national culture of development is emerging.

INTRODUCCIÓN

Históricamente, en diversas sociedades y distintos tiempos, el *desarrollo económico* ha estado ligado a factores sociopolíticos muy diversos.

Incluso la *coexistencia* del desarrollo con factores sociopolíticos o culturales que variablemente han acompañado al desarrollo no permite inferir que cualquiera de aquellos haya sido un requisito o precondition funcional de éste; como si el desarrollo tuviese por condición a la democracia, o el libre juego de los mercados, o a una clase media fuerte, o a una población educada, o un *ethos* puritano, etc.

En realidad, esta discusión se parece mucho a aquella otra que gira en torno a las supuestas preconditiones que necesitarían reunirse para que pudiera existir la democracia. Algunos, por ejemplo, han alegado que la democracia requeriría unos “mínimos” de renta per cápita, educación y urbanización. Otros conciben esos requisitos en términos de condiciones político-culturales, tales como una cultura cívica que legitime la elección entre opciones diversas mediante el sufragio universal; o que genere un consenso en torno a reglas fundamentales; o que institucionalice canales de confrontación “leal”, donde ninguno de los actores recurre a medios vedados.

En el plano de la ciencia política, al menos, esa discusión en torno a las preconditiones de la democracia ha sido momentáneamente zanjada puesto que, como ha señalado R.A. Dahl, “la evidencia simplemente no confirma la hipótesis de que un alto nivel de desarrollo socioeconómico es condición necesaria o suficiente para una política competitiva”, igual como tampoco habría resultado probada “la hipótesis opuesta de que la política competitiva es condición necesaria o suficiente para un alto nivel de desarrollo socioeconómico”¹.

* Documento presentado al Seminario “Condicionantes Sociopolíticas de Desarrollo Económico”, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 12 de enero de 1989.

** Investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

¹ R.A. Dahl, *Polyarchy. Participation and Opposition*. Yale University Press, 1971, pp. 71 y 135.

Más complicado todavía se presenta el punto en relación al *desarrollo*, por tratarse de un concepto que, a diferencia del de democracia, no ha podido ser reducido a un mínimo común denominador de elementos que pasan a ser aceptados operacionalmente por los estudiosos y por el sentido común de los públicos relativamente informados. Por el contrario, la noción de desarrollo hace referencia a un sinnúmero de elementos y dimensiones, especialmente desde el momento que el concepto se “abre” para incluir elementos de desarrollo humano, de valores individuales y colectivos; en fin, de “calidad de la vida” por decirlo de alguna manera.

El riesgo que se corre en estas circunstancias es sustituir el análisis de unas supuestas condicionantes por un enunciado de prescripciones ideológico-normativas fundadas falazmente, recurriendo para ello a analogías tomadas de la historia o a supuestas “coexistencias” de factores que luego se hacen pasar por verdaderas leyes causales, en un doble salto que lleva primero a afirmar que la coexistencia (digamos de desarrollo y de clases medias) equivale a una relación de funcionalidad y, en seguida, que la funcionalidad equivale a una relación causal genética, del estilo: “sin la presencia de una fuerte clase media no hay desarrollo posible”.

Prefiero, por mi parte, sortear esas dificultades y trampas y reducir mi exposición a una visión más modesta del tema sobre las “condicionantes sociopolíticas del desarrollo económico”, tomando como punto de referencia la *coyuntura chilena* y avanzando algunas hipótesis o, incluso menos, algunas *sugerencias para la discusión*, en torno a un tema que podría llamarse: de la participación de los intelectuales en la gestación de una “cultura del desarrollo”. Me interesa sobre todo, teniendo como trasfondo la experiencia chilena de las últimas tres décadas, explorar el papel jugado por los intelectuales chilenos en la empresa del desarrollo y la peculiar “cultura del desarrollo” que ellos han contribuido a formar y difundir.

Los intelectuales y el desarrollo

Podría estimarse bastante generalizada la percepción expresada por B. de Jouvenel cuando escribe: “Observamos con grave preocupación la actitud de los intelectuales occidentales respecto a la sociedad en que viven”. En la práctica, el autor se refiere a la enajenación que experimentarían el intelectual respecto del capitalismo y sus instituciones centrales². El intelectual, sostiene esa percepción, es contrario a los negocios y el mercado; tiene una insoportable preferencia por los déficit —instituciones deficitarias, industrias nacionalizadas financiadas por el erario público, universidades subsidiadas, periódicos incapaces de autofinanciarse—; juzga la vida económica con argumentos éticos; y siente habitualmente que su función no es reconocida por el cálculo del “hombre económico”, aquel que se mueve en función de satisfacer sus intereses egoístas.

En otras palabras, más atingentes a nuestro tema, el intelectual no sería un agente facilitador del desarrollo. Por el contrario, su posición enajenada y crítica respecto a los mecanismos e incentivos básicos del capitalismo lo llevarían a posturas políticamente radicales, o a discursos demagógicos, o —lo más grave— a restar legitimidad a las bases morales y culturales del desarrollo.

Confieso que este cuadro respecto de la posición del intelectual en el capitalismo o las sociedades occidentales me parece en extremo simplificador. Mas no es eso lo que me interesa discutir. Me interesa, en cambio, a partir de esa imagen simplificada, reflexionar

² Véase De Jouvenel, B.: “Los intelectuales europeos y el capitalismo”; en Hayek, Ashton, Hacker, De Jouvenel y Hutt, *El Capitalismo y los Historiadores*; Unión Editorial, Madrid, 1974.

sobre el papel de los intelectuales en Chile en relación al desarrollo. De seguro se extrañarán muchos de que esta cuestión sea siquiera planteada. Pues se tiene habitualmente la idea —derivada del estereotipo de B. de Jouvenel enunciado antes— que los intelectuales, esto es, los hombres de las ideas y las palabras, poco han tenido que ver con el desarrollo en nuestro país, o, para el caso da igual, en cualquier otro. En el mejor de los casos no habrían contribuido en nada al desarrollo, pero tampoco lo habrían obstaculizado. En el peor de los casos, ellos se habrían comportado como los típicos intelectuales enajenados de Occidente, transformándose en críticos del capitalismo y en partidarios de un desarrollo inflacionario, estatizante, deficitario y burocrático. Encina hablaba así del “menosprecio que el intelectual siente por el mercader”, que es probablemente la imagen más difundida que se encontraría en nuestro medio respecto del intelectual poco práctico, alejado de la realidad, que nada sabe del trabajo duro y del dinero, y que desprecia las actividades industriales, del comercio y de la banca.

Tal vez estuviesen dispuestos a admitir algunos que entre los intelectuales existe un grupo que efectivamente contribuye al desarrollo, aunque de maneras a veces indirectas. Son los investigadores en las varias ramas de las ciencias aplicadas y, particularmente, los que generan o adaptan nuevas tecnologías. Estos intelectuales prácticos, al igual que los ingenieros y otros profesionales, sí habrían desempeñado un papel importante en el desarrollo, especialmente durante algunas fases del desarrollo nacional de la postguerra. Pero claro, casi no se trata ya en estos casos de intelectuales en el sentido que aquí empleamos la palabra; como hombres del discurso y del análisis, de las ideologías y del debate público. Tal vez justamente por eso se les reconoce un papel en el desarrollo, que en cambio se niega a los intelectuales ideólogos.

La verdad me parece ser, sin embargo, que los intelectuales ideólogos han tenido en Chile una enorme, casi diría desmedida, influencia sobre uno de los aspectos claves del desarrollo: su *orientación*. Esto es, los valores y metas que lo rigen, los ideales e ideologías que lo inspiran, los medios que se aceptan como legítimos para lograr el desarrollo, los actores y las instituciones que se estima deben conducirlo, y los diagnósticos que se formulan para elaborar políticas y definir planes y programas.

Sobre todo durante el período que Mario Góngora llamó de las “planificaciones globales” —el cual se extiende desde comienzos de los 60 hasta el presente— me parece a mí que el papel de los intelectuales en los varios aspectos recién mencionados ha sido decisivo. Ellos han creado y fundamentado los sucesivos diagnósticos sobre los que se basaron los correspondientes ensayos de “planificación global” y modelos de desarrollo —el de la Revolución en Libertad, el de la Vía Chilena hacia el Socialismo y el de la Revolución Silenciosa —y ellos legitimaron, ante el Gobierno, los partidos y la opinión pública informada, la opción y los costos de cada una de esas estrategias de desarrollo.

Luego, todo lo contrario de ser elementos ajenos a los procesos del desarrollo o meros críticos de las dimensiones instrumentales de esos procesos, nuestros intelectuales han sido, y en gran medida siguen siendo, poderosos agentes de transformación del mundo, mediante las ideas y la palabra. En realidad, antes que desentenderse del desarrollo, o de atender a sus aspectos instrumentales y prácticos, los intelectuales han sido en Chile gestores de utopías, movilizadores de consignas, simplificadores de la realidad, proponentes de políticas y metas. Hayan actuado como consejeros del príncipe o como meros asesores, desde los partidos políticos o las instituciones de Iglesia, a través de las FF.AA. o de los organismos internacionales y académicos, en el Gobierno o la oposición, los intelectuales han ejercido continuamente el papel de “vanguardias revolucionarias”. Y han tenido gran éxito en el desempeño de esa función, indistintamente si actuaban en favor o en contra del capitalismo, en favor de la derecha o de la izquierda, en favor del mercado o del Estado.

El papel de las ideologías

Las ideologías desempeñan obviamente un papel central en el desarrollo, sea que se las entienda como ciertos mitos que unifican y movilizan a la nación —al estilo de lo que Huntington llamaba el “credo americano”³, una amalgama compleja y amorfa de fines y valores que contribuyen a conformar la identidad de una nación— o como la expresión de un proyecto que racionaliza y articula los intereses de diversos sectores sociales y los proclama persuasivamente en medio de la sociedad.

Los intelectuales pueden ser catalogados como un grupo especializado en la producción y difusión de ideologías en el seno de la comunidad. De allí, en buena medida, su posición y su poder y, a la vez, su imagen como “demagogos” o como expertos en “encubrir intereses” y presentarlos recubiertos de valor moral.

Las ideologías, por su parte, sea en su versión más articulada a la manera europea —que es también la manera chilena—, o en su versión de “credo” más suelto a la americana, o en su versión exaltada a la manera de los nacionalismos y las ideologías de fundamento directamente religioso, son *necesarias* como expresión de los intereses contrapuestos que existen en la sociedad y como imágenes racionalizadas de los valores e ideas de acuerdo a los cuales se está dispuesto a vivir y, eventualmente, morir, y que se quisiera inspiraran el desarrollo de la sociedad. Las ideologías son uno de los mecanismos que la sociedad emplea para dar sentido a su existencia; para comprender y organizar sus conflictos; para proyectarse hacia el futuro e interpretar su historia. En este sentido, todos los grupos —los académicos y los profesionales al igual que los obreros y los empresarios— defienden y expresan una ideología; un cuerpo de ideas, explicaciones, metas e ideales que justifican (o critican) su posición en la sociedad y orientan su acción.

Las tareas del desarrollo nacional necesitan, asimismo, formularse en términos de una o más ideologías. Así ha ocurrido en todos los países del mundo y es sencillamente una ilusión esperar que las ideologías, como tales, pudieran desaparecer o morir, aunque algunas en particular pudieran llegar a correr esa suerte. Pues las ideologías son las llamadas a justificar el esfuerzo y las inversiones que requiere todo proceso efectivo de desarrollo; los sacrificios temporales o más duraderos que los grupos deben hacer; la distribución desigual de los beneficios que se van obteniendo; el papel que se asigna al Estado y a la iniciativa de los empresarios; los favores o privilegios que se dispensan a los varios actores participantes, etc.

En el caso chileno el problema reside, como veíamos antes, en que nuestros intelectuales no sólo han sido productores de ideologías sino que han mostrado una irresistible tendencia al utopismo, concibiendo en su imaginación esquemas de desarrollo y transformación social que luego necesitan ser impuestos al país y que escasamente llegan a contar con el consenso activo de la población. Luego, en vez de construir consensos y articular proyectos divergentes, los intelectuales han tendido en Chile a favorecer la *polarización ideológica*, y a proclamar visiones del desarrollo que son presentadas como total y radicalmente contrapuestas, sin posibilidad alguna de mediación entre ellas.

Creo efectivamente que resultaría difícil encontrar otro país en que, como en Chile, se discuta sobre ciertas materias del desarrollo económico en términos y con categorías mentales que parecieran arrancados de los debates teológicos del siglo pasado. Preguntas que se han vuelto moneda corriente entre nosotros, y que son incluso formuladas por

³ Véase Huntington, Samuel: *American Politics, The Promise of Disharmony*; Harvard University Press, 1981.

gente que pasa habitualmente por seria —como: “cree usted en el mercado” o “es usted partidario del Estado o del mercado”—, reflejan ese estado mental por completo regresivo y primitivo en que, paso a paso, nos hemos ido deslizando.

Creo que los intelectuales —entre ellos los académicos e investigadores sociales— han contribuido grandemente a este lamentable proceso de regresión ideológica, donde en vez de imponerse la reflexión y el análisis termina uno y sus contrincantes, cada uno, atrincherado tras sus consignas y simplificando la realidad de la manera más brutal.

Uno esperaría por el contrario que los intelectuales, incluso cuando operan en el plano de la producción de las ideologías, actuaran volviendo complejo lo aparentemente simple y, por tanto, que argumentaran reflexivamente, sin dejarse llevar por la pasión de las simplificaciones. No ha sido este el caso en Chile. ¿Por qué ha ocurrido, en cambio, esa participación utopista, intensamente simplificadora y llena de sobretonos éticos de los intelectuales en el proceso de desarrollo? No podemos aquí explorar esta materia, seguramente una de las más apasionantes de nuestra historia política y cultural. Pero de seguro ha influido en ello la subsistencia de una matriz religiosa más allá de la aparente secularización y liberalismo de nuestras elites intelectuales; la relativa indiferenciación de esas elites respecto de la clase política y los partidos; su acceso relativamente fácil y expedito a posiciones de poder; la ausencia de grupos de intereses suficientemente fuertes en la sociedad que hubieran podido contrabalancear la influencia de los intelectuales, etc.

Instituciones e ideas

Ocurre que los intelectuales tienen una gran facilidad para transformar en ideas y valores todo lo que tocan; para transmutar la realidad en conceptos, por decir así. Por el contrario, me parece a mí percibir una gran dificultad entre nuestros intelectuales para entender ciertas realidades, por ejemplo, en términos *institucionales*. O sea, para transformar las ideas en productos sociales y encarnarlas en la historia.

Así, por ejemplo, en vez de hablar del mercado —o, para el caso, del Estado, la Universidad o la propiedad— en términos institucionales tendemos frecuentemente a hacerlo en el lenguaje de los principios y los valores. La ventaja de usar esa retórica aérea y principista es que ella nos permite defender con mayor fuerza los instrumentos que queremos defender. Así, al absolutizar los medios podemos pasar en silencio nuestros fines o metas. De ese modo terminamos revistiendo al mercado o al Estado —o para el caso al instrumento o mecanismo que sea— con atributos morales, y podemos entonces rápidamente descartar a los que tienen críticas frente al mercado como enemigos de la “libertad” y a los que las emprenden contra el estatismo como enemigos de la “solidaridad” y la “protección social”.

El gran defecto que se sigue del uso de esa retórica es que nuestras discusiones pierden todo sentido de la realidad, se vuelven sectarias y hacen que las ideas se alejen por completo de las instituciones y su funcionamiento efectivo.

Pero las ideas, una de las maneras precisamente que tienen de encarnarse socialmente es a través de las instituciones. En este país, en cambio, tendemos a oponer las ideas frente a las instituciones y a medir a estas últimas en función de las exigencias de aquellas. De allí que los intelectuales terminen muchas veces despreciando las instituciones o abogando por su desmantelamiento, supresión o rápida sustitución o transformación, como si con las instituciones se pudiera ir igual de rápido como con las ideas que se toman y desechan, se piensan y se cambian.

El desarrollo necesita, sin embargo, instituciones tanto como la sociedad para subsistir y los individuos para comunicarse y producir, estabilizar sus comportamientos y

regular sus conflictos. Lo que ocurre es que las instituciones poseen una dimensión *conservadora*: se apoyan en tradiciones y las expresan, crean una leyenda sobre sí mismas, han sedimentado valores y convertido en rutinarios ciertos comportamientos, establecen y otorgan legitimidad a determinadas relaciones asimétricas de poder, todo lo que las vuelve resistentes al cambio. No al extremo de tornarse incambiables. Pero, para cambiar a las instituciones, es imprescindible entender su lógica interna de funcionamiento, buscar alianzas con sus miembros, negociar, generar consensos, etc. Todo esto, que debiera darse por sabido puesto que forma una especie de a, b, c de la sociología, debiera igualmente formar parte de cualquiera visión del desarrollo y llevar a la conclusión de que es necesario contar con las instituciones para el desarrollo y que si se desea transformarlas hay que proceder frente a ellas con criterio gradualista. El énfasis en las instituciones lleva, en efecto, inexorablemente, al reformismo.

Por el contrario, si las instituciones existentes pretenden ser alteradas radicalmente cada vez que existe un nuevo régimen y que se inicia una nueva aventura de “planificación global” entonces, efectivamente, lo que prima son las ideas y los modelos antes que las instituciones y rápidamente se caerá en la tentación de proponer que sean descartadas como un mero obstáculo para el desarrollo.

Es bien sabido, por otra parte, que muchas veces es más fácil crear nuevas instituciones, sobre los escombros de las que existían antes o en paralelo a éstas, que reformar las que ya existen. Pero no siempre es más efectivo proceder de esa forma. Sobre todo en sociedades en pleno desarrollo, cuyas instituciones son por lo general moldeables y les ha costado muchos esfuerzos levantarse y desenvolverse. Destruir o alterar bruscamente una Universidad ya formada, por ejemplo, por razón de ideas e ideologías, para sustituirla por otra, que será construida de acuerdo a un modelo ideal, parece en verdad un absurdo, visto lo difícil que resulta llegar a tener universidades con tradición y lo difícil que es crear nuevas universidades desde cero, incluso si pudiera contarse con recursos.

Es evidente que puede haber instituciones que a veces necesitan ser transformadas sustancialmente para dar curso al desarrollo o para avanzar hacia nuevas metas colectivas. No es esa la cuestión. Lo que se quiere decir es que al intelectual regido exclusivamente por ideas y que posee una fuerte propensión utópica, por lo general, le resulta difícil entender el valor de las instituciones o entender que las ideas se encarnan institucionalmente y que, una vez que existen en tal estado, deben ser tratadas y transformadas con espíritu reformista, que es el único, al parecer, que toleran las instituciones. Entre nosotros, en cambio, como hemos visto, no se trata a las instituciones como tales, sino más bien como conceptos revestidos de moral y no se acepta de buen grado que estos últimos, una vez que se institucionalizan, pierdan su nitidez ideal y se vuelvan más ambiguos y contaminados por la historia. En otras palabras, no pueden ya ser tratados como si siguieran existiendo meramente en el terreno de las ideas. Así, no tiene sentido oponerle a la imperfecta y a veces torpe y pesada operación del mercado el ideal académico y teórico de un “mercado perfecto”, al igual como no puede esperarse que el Estado —cualquier Estado históricamente existente— funcione de acuerdo a los criterios ideales de eficiencia, oportunidad y rapidez con que debiera producirse la toma de decisiones de acuerdo con la imaginación utópica de los intelectuales.

El tiempo de pensar y el tiempo de hacer

En alguna medida lo que acabamos de discutir —en relación al reformismo en las instituciones y a la pretensión utópica de cambiarlas de golpe— tiene que ver con la noción de *tiempo histórico* que manejan los intelectuales.

En muchos países desarrollados de Occidente es en el terreno de la cultura donde los intelectuales ejercen su pasión revolucionaria y utópica, dando lugar a nuevas formas y discursos, descubriendo valores y ejerciendo la crítica de los existentes, cambiando las modas y los principios. La política, en cambio, sobre todo aplicada al desarrollo de los países, se entiende como un asunto más lento, de plazos más largos y de resultados más escasos y menos espectaculares. Por eso mismo no se espera demasiado de la política ni se espera que la política lo sea todo y que esté presente en cada rincón de la sociedad y en todas las actividades de los individuos.

En nuestro país las cosas se dan de otra manera. Aquí la pasión, la rapidez, la voluntad transformadora, la crítica, se hallan puestas en el terreno de la política. Los propios intelectuales dan la sensación, a veces, que esperan más de la política que de su propia vocación y actividad. Más les interesa a veces ser reconocidos por los partidos y las elites políticas que por sus pares en su propio campo de trabajo.

Así, los intelectuales —en vez de transformarse en los agentes del desarrollo por la vía de identificar y analizar problemas, proponer alternativas técnico-políticas, prever efectos y calcular costos— tienden a hacer política de las ideas, especialmente en el terreno que antes llamábamos de idealización de las instituciones. De esa forma introducen además su capacidad de apuro, su crítica, su facilidad para dividir y oponer conceptos, a la política y las instituciones, sin dejar que éstas evolucionen de acuerdo a sus propios ritmos, que son necesariamente más lentos, con ciclos largos de negociación, con un desenvolvimiento menos nítido que el de las ideas y los argumentos, etc.

Los intelectuales, el poder y el "horror"

En algún punto de su clásico trabajo sobre la modernización, David Apter⁴ expresa la idea de que en sociedades en desarrollo se suceden tres papeles en relación con la producción y difusión de las ideologías: (i) El papel que él define como el de los agentes que ensayan nuevas definiciones y exploran nuevas funciones sociales en un momento de crisis del viejo orden y del surgimiento del nuevo. Los intelectuales que asumen este papel suelen proclamar alguna forma de nacionalismo o ideología revolucionaria. Son filósofos, místicos y políticos los que habrían desempeñado usualmente este papel, y sería fácil identificarlos en los momentos de la descolonización en Africa, en el proceso de independencia de la India o en momentos revolucionarios en América Latina. (ii) En seguida surge el papel de los que Apter llama los ideólogos, que son personas que participan en la construcción de un nuevo orden proclamando persuasivamente sus valores e ideales y los motivos que sirven para legitimarlo. Se trata, en otras palabras, de intelectuales morales. Han dejado atrás la etapa de la mera fantasía política, de la ruptura y del sueño de una emancipación nacional, para abocarse a la ardua tarea de movilizar las energías de la población hacia metas específicas. (iii) Por último, en la tercera etapa, la del "realismo práctico", el ideólogo cedería su paso al científico y al tecnólogo; en breve, a una "meritocracia" que dispone del uso de conocimientos expertos y que legitima su intervención en el poder en nombre de su conocimiento especializado y certificado.

Como muchos de estos esquemas de análisis que conciben el proceso de desarrollo "por etapas" —donde se pasa desde una fase tradicional hasta una moderna—, el de Apter propone semejantemente que los papeles de los intelectuales, durante el proceso de desarrollo, van volviéndose más y más complejos a medida que se experimenta una modernización de la sociedad y con ello irían dejando atrás, como recuerdos de la

⁴ Apter, David, *Política de la Modernización*; Paidós, Buenos Aires, 1972.

infancia, los elementos utópicos propios de la fantasía política para llegar, finalmente, a un desempeño puramente racional, que en este lenguaje equivale a decir moderno, práctico, eficiente, pragmático, etc.

La verdad parece ser, sin embargo, que el papel de los intelectuales —incluso independientemente de sus adscripciones ideológicas— a lo largo del proceso de desarrollo es mucho más ambiguo y entremezcla, constantemente, elementos de los papeles que Apter construye en términos de un explorador carismático, de un ideólogo persuasivo y de un cientista práctico.

En Chile particularmente, como hemos pretendido mostrar a lo largo de este trabajo, la mezcla parece haber estado permanentemente desbalanceada en favor de los elementos utópico-exploratorios e ideológico-persuasivos. Rara vez el intelectual actúa, en nuestro medio, exclusivamente en función de un conocimiento técnico o especializado, con la suficiente lucidez como para aceptar que su aporte debe ser uno entre varios y que debe subordinarse, eventualmente, a las decisiones políticas. Antes que abandonar la pretensión de hacer política del poder mediante sus conocimientos expertos, los intelectuales han preferido incluso, en el límite, redefinir los problemas políticos como problemas técnicos, para conservar de ese modo su derecho a decir la última palabra y así sustituir a la política y a los políticos.

Más que por un sentido de su responsabilidad profesional los intelectuales han participado en la empresa del desarrollo con un sentido agudo de su propia importancia y del valor casi absoluto de sus fantasías políticas y de sus imágenes de una sociedad ideal. Por eso mismo no han podido apreciar las instituciones imperfectas y el lento encarnarse en ellas de las ideas. Por eso les cuesta aceptar, asimismo, la ambigüedad de la historia y recelan de las negociaciones. Por eso, también, caen tan fácil presa de cualquier dogmatismo —en la derecha, en el centro o en la izquierda—, pues el dogma retiene la pureza y otorga un sentimiento de la propia superioridad moral, sin necesidad siquiera de interrogarse sobre sus fundamentos. Por eso mismo, además, no les ha costado demasiado a muchos intelectuales —paradójicamente, en nombre de su realismo técnico-científico y de su calidad de expertos— entregarse en las manos del autoritarismo y aprovechar, a las sombras de ese poder altamente concentrado, las condiciones que éste dispuso para ensayar sus ideas, aplicar sus fantasías y vivir la pasión de imponer un “modelo de desarrollo”. Lo interesante es que cada vez que esto ocurre, o sea, cada vez que los intelectuales defienden y promueven en la historia aquello que el personaje de Joseph Conrad llama sencillamente “el horror, el horror” o que callan frente a él —sea el Gulag, los campos de exterminio, la tortura o el acallamiento de los otros, los disidentes— el intelectual, sin embargo, se siente tranquilo. Tan puras han sido las ideas que ha creído defender, tan abstracta la razón que lo ha movilizado, que ni siquiera ha logrado percatarse del “horror” que sus ideas podrían haber promovido o tolerado. En fin, de todo el intelectual siempre emerge otra vez incólume, inocente, sin asumir responsabilidad sobre las consecuencias de sus ideas y su palabra.

Conclusión: culturas del desarrollo

En fin, mi conclusión —abierta al debate y por tanto también a la refutación— es que los intelectuales tienen un papel central en el desarrollo; y que de las ideologías que ellos producen, transmiten y amplifican en el seno de la sociedad muchas veces depende la orientación de dicho proceso de desarrollo, los medios que emplea y las metas que persigue. Su legitimidad, incluso, puede estar afectada por las ideologías que sostengan y proclamen los intelectuales.

Se ha pensado muchas veces que los intelectuales se hallan enajenados de este proceso de desarrollo, en parte por su distanciamiento del capitalismo y por la crítica que de éste han desarrollado históricamente.

En Chile, en cambio, el rasgo más poderoso de ese estamento de los intelectuales que producen un discurso sobre la sociedad y sus transformaciones ha sido, antes que todo, su intenso radicalismo; su utopismo y su afán de ofrecer “modelos globales” de desarrollo a la sociedad y a la clase política, la que eventualmente ha terminado por identificarse con ellos y ha intentado impulsarlos o imponerlos desde el poder.

Es decir, el papel de los intelectuales en Chile ha sido decisivo en relación al desarrollo, al punto que podría decirse que ellos han formado una “cultura del desarrollo” que consiste, precisamente, en contar cada corriente ideológica y actor social con un modelo de sociedad basado en valores excluyentes, en metas antagónicas y en medios incompatibles. Las imágenes de sociedad deseada terminan siendo en dicha cultura, por eso, imágenes globales, morales y doctrinarias antes que imágenes de las reformas posibles y parciales que podrían hacerse y de los medios que convendría usar para ello, de modo de reunir el máximo de consenso y de avanzar gradualmente, mediante expedientes institucionales y con un sentido práctico e instrumental.

Esta “cultura del desarrollo”, altamente ideológica en sus contenidos e intensamente polémica por su codificación dogmática, no ha posibilitado hasta ahora, ya por más de tres décadas, encontrar una base de consenso en el país que permita conducir nuestro desarrollo con cierta estabilidad, sin grandes cambios bruscos, sin una sucesión de modelos antagónicos entre sí y una seguidilla de experimentos de “planificación global” que siempre terminan dando paso a un ensayo similarmente ambicioso, dogmático y carente de respaldo mayoritario en la sociedad.

Apartarse de esa “cultura (altamente ideologizada) del desarrollo” me parece constituir una de las precondiciones político-intelectuales y socioculturales más importantes para fundar en Chile un proceso estable de crecimiento económico y abrir cauce a una nueva cultura del desarrollo que nos permita concentrarnos en las metas posibles, en los consensos necesarios, en las reglas compartidas, en los intereses articulables, en la equidad progresiva y en el trabajo intenso, continuado, ininterrumpido que la sociedad necesita para producir un proceso de desarrollo que se sostenga, que goce de legitimidad, que admita y tolere conflictos pero que, a la larga, transforme la condición de Chile y asegure su plena participación en la modernidad, las riquezas y las oportunidades del siglo XXI.